Globethics Repository



Exclusión social y acción colectiva en el medio rural [Social exclusion and collective action in rural areas]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Rua, Maria das Graças
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-13 06:09:43
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219350

Nueva Sociedad Nro. 156 Julio-Agosto 1998, pp. 156-165.

Exclusión social y acción colectiva en el medio rural. El Movimiento de los Sin Tierra de Brasil

Maria das Graças Rua

Maria das Graças Rua: profesora del Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad de Brasilia; magister en Ciencias Políticas (1984) y doctora en Ciencias Humanas (1992) del Instituto Universitario de Investigaciones de Río de Janeiro.

Palabras clave: exclusión, acción colectiva, campesinado, MST, Brasil.

Resumen:
El objetivo de este artículo es analizar la lógica de la acción colectiva del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) en Brasil, en el contexto de la acentuada exclusión social y concentración de tierras en el medio rural brasileño. Para comprender las causas de la movilización del MST, su capacidad de eludir el problema de la acción colectiva (*free-riding*), se describirá rápidamente el contexto social, económico y político en el que se origina el Movimiento. Posteriormente, se presentará una breve reseña histórica del desarrollo del MST. Por último, se examinarán algunas hipótesis sobre la lógica de la acción colectiva del MST, tomando como eje la naturaleza de los beneficios que se pretende obtener.

De acuerdo con Olson, la acción colectiva debe entenderse a la luz de algunos postulados: 1) es el resultado de decisiones individuales; 2) los individuos son maximizadores: dados sus fines u objetivos, tratan de conseguirlos a través de los medios más adecuados; o sea, tratan de maximizar la relación costo/beneficio; 3) la participación tiene costos, entendidos como todo aquello a lo que los individuos renuncian con el fin de participar; 4) cuanto mayor es el grupo, menor es el peso relativo de cada miembro individual en el logro de los objetivos colectivos; 5) la participación colectiva depende de la naturaleza de los bienes que se pretende obtener[1].

En este artículo intento explorar la idea de que uno de los elementos centrales en

[1] Mancur Olson: ***The Logic of Collective Action***, Harvard University Press, Cambridge, 1965.

la explicación de la acción del MST es la naturaleza de los bienes que se pretende obtener. En general, los bienes pueden ser privados, públicos y semipúblicos. Un bien es privado cuando sus beneficios son disfrutados exclusivamente por quienes lo poseen; es público cuando no hay posibilidad de excluir de su disfrute a ninguno de los miembros de un grupo. Finalmente, un bien es semi-público cuando el alcance del beneficio es limitado, implicando la exclusión de quienes no participaron en su consecución (***free-riders***).

El mayor problema de la acción colectiva lo encontramos en la búsqueda de bienes públicos, dado que los individuos se comportan racionalmente frente a su obtención. Como se trata de bienes no-excluyentes, todos pueden disfrutarlos aunque no hayan afrontado los costos de participación para obtenerlos. Por eso, especialmente en los grandes grupos, cuando el cálculo de cada individuo aislado muestra que el costo de participación para la obtención de un bien público se puede evitar, transfiriéndolo a otros miembros del grupo, el individuo dejará de encarar ese costo y tratará sólo de disfrutar de los beneficios (***free-riding***), en la creencia de que el bien va a ser conquistado gracias a que otros participarán para obtenerlo. Así, aunque el cálculo individual sea racional, el resultado agregado es del todo irracional: muy probablemente, el grupo no logre ese bien.

Para comprender las causas de la movilización del MST, su capacidad de evitar el problema del ***free-riding***, se describirá rápidamente el contexto social, económico y político en el que se origina el Movimiento; luego, se presentará una pequeña historia de su evolución. Finalmente se examinarán algunas hipótesis sobre la lógica de la acción colectiva en el MST, subrayando la peculiar naturaleza de los beneficios que se pretenden obtener.

Contexto político, social y económico de surgimiento del MST

En el Brasil, el problema de la distribución desigual de la tierra es antiguo. Representa una típica situación de los modelos de «modernización conservadora», según los cuales se promueven cambios localizados, destinados a limitar los focos de conflicto, sin alterar las relaciones de poder ya constituidas. Una de las características de estos modelos de modernización es la exclusión de determinados actores sociales o, por lo menos, su «movilización por arriba». Es el caso de los trabajadores rurales en Brasil. Estudios disponibles indican que desde por lo menos la década de 1930, ya se manifestaba claramente la demanda de reforma agraria, tratada de forma sistemática como una no-decisión. Asimismo, para 1945 se desarrollaba un proceso de movilización autónoma de los trabajadores rurales, organizados en las Ligas Campesinas, la Unión de los Trabajadores Agrícolas de Brasil (Ultab) y el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra[2]. Como aspiración general, tales movimientos reclamaban derechos laborales y acceso a la tierra, y se enfrentaban con poderosas organizaciones de

[2] Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra, página web: www.sanet.com.br/~semterra/.

propietarios rurales, constituyendo una de las claves del clima de inquietud social que antecedió al golpe militar de 1964.

El régimen militar combatió este conflicto mediante tres estrategias que fueron aplicadas sucesivamente en el periodo 1964-1984: 1) un intento de reforma agraria –con el Estatuto de la Tierra (1964) y el Acta Institucional Nº 9 (1969)– que no logró alterar la estructura de propiedad debido a la oposición de los latifundistas, quedando reducida a programas localizados de colonización; 2) una intensa represión de los movimientos sociales rurales, principalmente después de 1968, cuando se militarizaron todas las cuestiones relativas a las tierras y pasaron a la esfera de la política de seguridad nacional; 3) la incorporación de los trabajadores rurales «por arriba», con el control de los sindicatos rurales y la distribución de los beneficios sociales del Funrural, sumándolos a la estructura corporativa y con una intensa política clientelista en los municipios rurales tratando de mantener la adhesión del electorado al partido del régimen militar (Arena)[3].

A comienzos de la década de los 80 se consolidaba en Brasil un largo proceso de cambio. En casi tres décadas se pasó de una economía agraria de bajos niveles de renta a una economía urbana e industrial de renta mucho más elevada. Se desarrolló una agricultura capitalista, basada en enormes propiedades encargadas de la producción a gran escala para la exportación (granos, azúcar, cítricos, carne bovina). La producción de alimentos fue desplazada sistemáticamente hacia la periferia geográfica y económica de la producción rural, teniendo como resultado, desde los años 70, la reducción de la oferta con repercusiones directas sobre el salario real urbano. Además, cambiaron las formas de empleo rural: se redujeron los modos tradicionales de inserción en la estructura productiva –como la aparcería y la mediería– y creció el número de empleados y trabajadores temporarios. Finalmente, debido a la introducción de algunas políticas de asistencia social intermediadas por organizaciones sindicales, a mediados de los 80, el número de trabajadores sindicalizados en el campo representaba cerca de 2/3 del total de los sindicalizados en Brasil[4].

Estos y otros procesos de cambios económicos fueron acompañados por una gran transformación demográfica. En 1950, poco más de 1/3 de la población vivía en ciudades. En 1980 la relación se había invertido: menos de 1/3 vivía en el medio rural. La urbanización, a su vez, se caracterizó por el crecimiento de las periferias metropolitanas, con pésima calidad de vida y fuerte presión sobre toda la estructura urbana: vivienda, higiene, transporte, empleo, etc. Dentro de esos cambios, ni la conquista de las fronteras oeste y norte alteraron la estructura de la propiedad legal de la tierra. En 1950, las grandes propiedades con más de 10.000 ha representaban el 0,1% de los establecimientos en su conjunto y ocupaban el

[3] Maria das Graças Rua: «Políticos e Burocratas no Processo de Policy-Making: A Política de Terras no Brasil, 1945-1984», tesis de Doctorado, Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro (Iuperj), 1992.

[4] Nelson do Valle Silva: «A Sociedade» en Hélio Jaguaribe (org.): ***Sociedade, Estado e Partidos na Atualidade Brasileira***, Paz e Terra, Río de Janeiro, 1992, pp. 65-114.

19,4% de la superficie total; en 1980, eran el 0,1% de los establecimientos y el 16,4% de la superficie total. Las pequeñas propiedades, con menos de 10 ha, en 1950, correspondían ya al 34,4% del total de los establecimientos y ocupaban apenas el 1,3% de la superficie. En 1980, eran el 50,4% de los establecimientos y 2,5% de la superficie total.

Los datos más recientes del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE) muestran las siguientes características del campo: el 53% de las propiedades tiene menos de 10 ha; el 29,5% tiene entre 10 y 50; el 7,5% tiene entre 50 y 100; el 9% tiene entre 100 y 1.000; el 1% tiene más de 1.000. Las propiedades con hasta 50 ha ocupan el 13,5% del área total; las propiedades con más de 1.000 ha ocupan el 43,5% del área total, siendo el 15% de este porcentaje el que corresponde a las propiedades con más de 10.000. Por otro lado, las familias de trabajadores rurales sin tierra para trabajar suman a 4,8 millones. Los datos del IBGE muestran, además, que en 1995 las tierras productivas sin ninguna utilización correspondían al 7% de la superficie total y, de las tierras utilizadas, sólo el 14% estaban destinadas a las labores, mientras que el 48% eran utilizadas para pasturas, pero, entre éstas, el 30% eran pasturas naturales. Estos datos indican que la desigualdad en el acceso y posesión de la tierra se mantiene como una de las características fundamentales de la sociedad brasileña.

Origen y desarrollo del MST

El MST surge a finales de la década de 1970, cuando estaba en curso la transición hacia el régimen democrático, con un gradual retroceso de la represión dirigida a los sectores trabajadores movilizados[5]. Era una época de crisis del modelo económico del régimen militar que permitió la reorganización del movimiento sindical urbano. El MST surgió en el sur de Brasil, teniendo como embrión el campamento de la Encruzilhada Natalino y el Movimiento de los Agricultores Sin Tierra del Oeste del Paraná, que adoptaron la invasión organizada y la ocupación de propiedades por familias de agricultores como forma de lucha contra la exclusión, expropiación y expulsión del campo. En esta época todavía la acción de estas organizaciones se caracterizaba por luchas aisladas.

A comienzos de 1984, cuando se vivía el último año del régimen militar y la sociedad se movilizaba intensamente en torno del movimiento «Diretas Já» a favor de las elecciones presidenciales directas para 1985, se realizó el Primer Encuentro Nacional de Trabajadores Rurales, constituido por los líderes de las primeras organizaciones, que contó con el apoyo de la Iglesia Católica y de partidos de oposición al régimen, como el PMDB y el PT. En esta ocasión se sistematizaron las iniciativas aisladas, se definieron las estrategias que el movimiento asumiría en la lucha por la reforma agraria con el eslogan «la tierra para quien la trabaja» y se adoptó el nombre de Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra - MST.

[5] Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra, página web: cit.

Derrotada la consigna del movimiento «Diretas Já», en el segundo semestre de 1984 se inicia una amplia articulación política nacional para elegir un candidato de oposición al régimen militar por el proceso de elección indirecta. La coalición de apoyo al candidato elegido –Tancredo Neves– incluía fuerzas políticas diversas (Iglesia, partidos, movimientos sociales, asociaciones profesionales, etc.) que establecieron el compromiso de concretar la reforma agraria como una de sus principales condiciones de adhesión a esa candidatura. Se constituyó entonces la Alianza Democrática, un acuerdo interpartidario destinado a elegir a Neves, con la propuesta de crear una «Nova República». Ese acuerdo incluía la realización de la reforma agraria mediante el cumplimiento del Estatuto de la Tierra. En enero de 1985, cuando Neves fue elegido Presidente de la República, se realizó el Primer Congreso Nacional del MST, que tenía como eslogan «sin Reforma Agraria no hay democracia».

Pero Neves falleció sin asumir. En su lugar toma el cargo el vicepresidente José Sarney. El nuevo gobierno crea el Ministerio de Desarrollo y Reforma Agraria (Mirad) –al que estaba subordinado el Instituto de Colonización y Reforma Agraria (Incra)– como ***locus*** específico de decisión e implementación de la reforma agraria, según el 1er Plan Nacional de Reforma Agraria de la Nueva República (PNRA)[6]. Previa aprobación del PNRA el gobierno anuncia la intención de iniciar la reforma agraria en las llamadas «áreas en lucha», por ser los focos de conflicto por la tierra. Ante esta situación, los propietarios rurales ligados a la Confederación Nacional de Agricultura (CNA) se reúnen y constatan la impotencia de las instituciones que representan sus intereses para hacer frente al PNRA y forman la Unión Democrática Rural (UDR), que se volvió el principal adversario del MST[7].

A medida que la decisión e implementación de la reforma agraria se demoraba y los sectores contrareforma, como la UDR, comenzaban a fortalecerse, el MST llevó a cabo una estrategia de invasiones articuladas y masivas de propiedades privadas, acompañadas de la ocupación de predios públicos y de huelgas de hambre de sus miembros. En respuesta, el gobierno aprobó el PNRA. En 1986 el MST asumió definitivamente la estrategia de invasiones, con el eslogan «la ocupación es la única solución». En mayo del mismo año el gobierno firma varios decretos para implementar los Planes Regionales de Reforma Agraria en 24 unidades federales.

La UDR, por su parte, proponía la «defensa de la propiedad privada», con la estrategia de ocupar el espacio público y constituirse en el interlocutor legítimo del gobierno en las cuestiones de tierra y agricultura y de desviar el ***locus*** decisorio de

[6] José Gomes da Silva: Caindo por Terra: Crises da Reforma Agrária na Nova República, Busca Vida, San Pablo, 1987.

[7] Maria das Graças Rua: «A UDR e a Representação de Interesses dos Proprietários Rurais: A Nova Elite Agrária no Processo de Transição Política no Brasil» en ***Ciências Sociais Hoje, 1990***, Vértice, Río de Janeiro, 1990, p. 281.

la reforma agraria del Mirad hacia el Congreso Nacional. Pero también muchísimos propietarios rurales, inclusive miembros de la UDR, asumieron la posición de defender individualmente sus tierras, ya fuese a través de mecanismos legales (expulsión judicial y policial de los invasores) o a través de la formación de milicias privadas[8].

De este modo se dibujó un círculo vicioso de radicalización y conflicto: a medida que el Mirad y el Incra priorizaban la reforma agraria en las áreas en lucha, el MST intentaba multiplicar el número de «áreas en lucha» con nuevas invasiones y los propietarios rurales comenzaban a armarse cada vez más para rechazar a los invasores. Al mismo tiempo, la línea más alta del gobierno mostraba serias ambigüedades que cuestionaban las intenciones del Mirad de asumir efectivamente la reforma. Las contradicciones y equívocos –deliberados o no– acabaron por respaldar la tesis de que el Estatuto de la Tierra, instrumento legal existente desde 1964, era inadecuado para la realización de la reforma agraria en los años 80. De esa forma, los propietarios rurales resultaban los victoriosos, porque proponían que la cuestión fuese objeto de debate y decisión de la Asamblea Nacional Constituyente, instalada en febrero de 1987. El clima de discusión y redacción de una nueva Carta Constitucional promovió la más amplia movilización popular de toda la historia brasileña. Los sectores comprometidos con la reforma agraria –especialmente los partidos de izquierda, legalizados en 1985, grupos progresistas de la Iglesia Católica, núcleos profesionales como la Asociación de Abogados de Brasil (OAB), instituciones específicas como la Asociación Brasileña de Reforma Agraria (ABRA)– sumaron sus fuerzas tratando de evitar retrocesos. Por su parte, los propietarios rurales construyeron una amplia alianza reuniendo a la UDR, la Sociedad Rural Brasilera (SRB), la Confederación Nacional de Agricultura (CNA), la Organización de Cooperativas Brasileras (OCB), el Frente Nacional por la Libre Iniciativa y la Unión Brasileña de Empresarios (UBE), formando un sólido bloque conservador.

En lo que se refiere a la reforma agraria, lo que estaba en juego en la Asamblea Constituyente era: 1) el criterio de que la propiedad de la tierra debería subordinarse al principio de la función social; 2) la posibilidad de expropiación de tierras consideradas productivas; 3) el concepto de tierra productiva. Ninguna de las propuestas existentes consiguió obtener mayoría de votos. En consecuencia, se terminó aprobando una propuesta que protegía a las propiedades productivas y remitía a la legislación ordinaria la fijación de normas para el cumplimiento del requisito de la función social de la tierra, así como la reglamentación del concepto de tierra productiva y el procedimiento destinado a establecer los actos de expropiación para fines de reforma agraria. Todas esas decisiones representaron una derrota de la propuesta reformista, provocando un reflujo en el Movimiento. En 1989, el MST reacciona apoyando activamente al candidato del PT en la elección presidencial, Luis Inácio Lula da Silva, que fue derrotado. Como respuesta, el MST asumió otra estrategia. En

[8] Ibíd., pp. 286-296.

primer lugar, trató de expandirse y de consolidarse para desarrollar la resistencia de masas. Con el eslogan «ocupar, resistir, producir», el Movimiento –que ya era fuerte en el Sur, Centro Oeste y Norte– se expandió principalmente hacia el Nordeste y el Sudeste. Se constituyó en una estructura más sistemática, con liderazgos jerarquizados, división de tareas, educación política y adoctrinamiento ideológico, entrenamiento para resistir la violencia, organización de campamentos, planeamiento estratégico de las invasiones y otras formas de acción.

A partir de 1990, después del II Congreso Nacional del MST, sus líderes adoptaron la estrategia de llevar a las ciudades la propuesta de lucha por la tierra. Además de la invasión de propiedades rurales y la ocupación de predios públicos, adoptaron otras acciones como las marchas nacionales y caminatas, tratando de obtener visibilidad ante el público urbano y la prensa. En seguida, el Movimiento se asoció a la Campaña contra el Hambre y la Miseria por la Vida, liderada por Herbert de Souza, de gran legitimidad e interlocución social y moral en el cuadro de acentuada exclusión de la sociedad brasileña. Al romper los límites del espacio rural, el MST terminó por agregar a sus filas, además de los trabajadores rurales, un gran número de desposeídos urbanos, que sobrevivían en condiciones precarias en las periferias metropolitanas.

En 1993 y 1994 el MST trató de consolidar el apoyo del medio urbano, tanto de los desposeídos como de la clase media, a través de marchas y de la constitución del Foro de los Trabajadores Rurales, con acciones en las capitales de los estados y en los principales centros urbanos y lanzó el «Grito de la Tierra Brasil 1». La estrategia de ampliar su base de apoyo hacia el medio urbano queda clara en el eslogan adoptado en 1995 –«Reforma Agraria: una lucha de todos»–, y en la marcha nacional por la reforma agraria y por el empleo, realizada en abril del año siguiente.

Pero el MST sólo obtiene una respuesta efectiva a sus reivindicaciones cuando, en confrontación con la política militar del estado de Pará, 18 de sus miembros acampados en Eldorado de Carajás son asesinados. El gobierno asumió, entonces, la reforma agraria como tema prioritario de su agenda, intentó eliminar los obstáculos legales para su implementación, buscó apoyo en las entidades académicas y otras instituciones de la sociedad civil para desarrollar una política de asentamientos rurales. La respuesta del gobierno, por un lado, hizo que aumentaran las invasiones, y por otro, irritó los ánimos entre diversos propietarios rurales, que comenzaron a organizarse para resistir las invasiones por las armas.

Hoy el MST está organizado en 22 estados brasileños. De acuerdo con datos de 1996, hay en Brasil más de 1.500 asentamientos, con más de 145.000 familias, gran parte de las cuales se organizan en cooperativas, estando 55 de ellas asociadas a las centrales ligadas a la Confederación de las Cooperativas de Reforma Agraria de Brasil (Concrab).

Los datos sobre los acampados del MST muestran el siguiente perfil: 76% son agricultores; 79% nunca fueron propietarios de tierra; 86% son hijos de agricultores; 78% intentan cultivar para vivir; 75% están a favor de la propiedad privada; 90% son analfabetos; 88% creen que la estrategia para conquistar la tierra supone lucha, pero no creen necesario el uso de armas de fuego; 74% nunca llegó a enfrentar a la policía; un 87% se encuentran acampados hace menos de un año[9].

El MST y la racionalidad de la acción colectiva

Al describir la debilidad de las respuestas marxistas a los dilemas de la elección racional, Przeworski enumera un conjunto de razones. Las tres iniciales se oponen al problema de la acción colectiva y del ***free-rider***. En primer lugar porque asume otra perspectiva teórica, basada en el colectivismo metodológico. En segundo término, porque rechaza el postulado de la maximización cuando se aplica a los trabajadores, es decir, éstos no estarían movidos por el cálculo egoísta, no siendo afectados por los costos de la participación. Y por último, porque sostiene que el abordaje de la elección racional no se aplica a los trabajadores, pues sus condiciones de existencia imponen restricciones tan rigurosas que no realizan elecciones. Las demás constituyen hipótesis alternativas a la propuesta de Olson. La primera de ellas afirma que los trabajadores superan el problema de la acción colectiva porque poseen otra lógica de acción, que les permite alterar las preferencias de unos a otros a través de la comunicación. La segunda propone que los trabajadores satisfacen las condiciones para la cooperación porque están constantemente en la misma situación, no saben por cuánto tiempo permanecerán en esa situación y prefieren no permanecer en la misma. Finalmente, la última hipótesis sostiene que los trabajadores poseen condiciones endógenas que favorecen la acción colectiva: cuando algunos comienzan a movilizarse, la posibilidad de éxito en la acción y la expectativa del beneficio aumentan, reduciendo relativamente el costo de la participación y estimulando la adhesión de otros, cuya participación realimenta el proceso, y así siguiendo, hasta la conquista del beneficio pretendido. Przeworski observa que estas tres hipótesis se basan en conjeturas esperanzadoras sobre una racionalidad específica de los trabajadores, que los vuelve diferentes de los demás actores sociales, conjeturas sin ninguna sustentación empírica[10].

Reis explora otro ángulo de la cuestión al señalar que una dificultad en la perspectiva de Olson reside en el hecho de que el problema de la acción colectiva termina reduciendo el peso de la participación individual en los grandes grupos: los individuos maximizadores no participarían, transfiriendo hacia otros los costos de la participación y ni siquiera los altruistas se movilizarían. Pero Reis muestra que esta suposición es absolutamente contradictoria, pues la decisión racional

[9] Eduardo Dimitrov: «O Movimento Sem Terra» en www.geocities.com/CapitolHill/3021/terra.html

[10] Adam Przeworski: «Marxismo e Escolha Racional» en ***Revista Brasileira de Ciências Sociais*** vol. 3 Nº 6, 2/1988, San Pablo, pp. 5-25.

para individuos altruistas es comportarse altruísticamente (y no al contrario), asumiendo los costos de la participación[11].

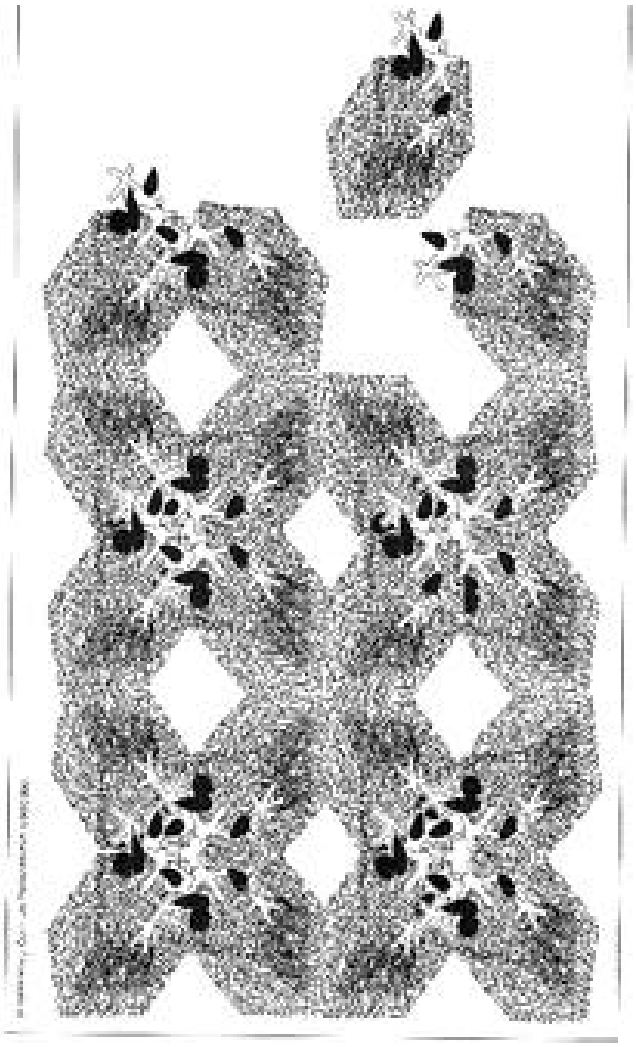
La cuestión, de hecho, es muy significativa respecto de la posibilidad de acción racional solidaria. Reis afirma que Olson admite que los individuos pueden poseer motivos morales, afectivos y/o ideológicos, pero éstos entran en el cálculo racional como intereses particulares, a ser maximizados. Pero para Reis, es exactamente por este motivo que es posible compatibilizar objetivos colectivos e individuales y –sin abandonar los presupuestos de la elección racional– pensar en la acción solidaria. El autor muestra, entonces, que existe la posibilidad de este tipo de composición a partir de los conceptos de Pizzorno[12]. Para este último, las interacciones se organizan a partir de «sistemas de solidaridad» (códigos de valores compartidos), los cuales articulan «sistemas de interés» (apreciaciones relativas a objetos de valor frente a los cuales cada uno procura obtener ventajas individuales comparativas). A partir de esos dos sistemas, los sujetos individuales constituyen identidades colectivas: identificaciones por la negación de las desigualdades que se realizan en los sistemas de intereses. Se trata de las «áreas de igualdad». El problema, según Reis, está en el hecho de que, después de haberse constituido, las áreas de igualdad se vuelven automáticamente sistemas de interés interno para sus miembros, de tal forma que se genera competencia dentro de la solidaridad. Como la competencia genera acción interesada en torno al fin u objetivo propio (individual o colectivo), y como la solidaridad supone compartir intereses, se tiene allí el clásico problema de Michels[13]: la tendencia a la oligarquización de las organizaciones democráticas porque, de hecho, la constitución de sistemas eficaces de solidaridad dependen de la organización y la coordinación –y este es el problema que presenta Olson.

Cabe reflexionar sobre el MST a la luz de estas consideraciones teóricas. El Movimiento es un fenómeno de acción colectiva que se constituye y que actúa completamente al margen de la institucionalidad legal, incluso recorriendo la ilegalidad como forma de romper las barreras de la exclusión social y política. Con este funcionamiento, manteniendo y expandiendo su movilización, conquista el apoyo de sectores de la sociedad brasileña y se impone como interlocutor del gobierno. ¿Qué sostiene la movilización del MST? ¿Es la ideología? Es posible, ya que sus seguidores, en gran parte, además de poco escolarizados, enfrentan en su vida cotidiana las consecuencias de una estructura social injusta: desempleo, hambre, falta de perspectivas de vida, miseria. Eso los haría potencialmente sensibles al adoctrinamiento ideológico. ¿La organización? Ciertamente, ya que el Movimiento está organizado para proporcionar el elemento fundamental de la acción colectiva: coordinación. ¿Exclusión? Sin duda, y de manera tal que estimula

[11] Fábio Wanderley Reis: Política e Racionalidade: Problemas de Teoria e Método de uma Sociologia Crítica da Política, UFMG/Proed/RBEP, Belo Horizonte, 1984.
[12] Alessandro Pizzorno: «Introduzione allo Studio della Participazione Politica» citado en Fábio Wanderley Reis: ob. cit.
[13] Robert Michels: ***Sociologia dos Partidos Políticos***, Editora Universidade de Brasília, Brasilia, 1980.

fuertemente la formación de identidades colectivas configurando lo que Pizzorno denomina áreas de solidaridad. Vale observar que parte de la visibilidad que el Movimiento viene ganando en los últimos tiempos aparentemente proviene de su habilidad para expandir tales áreas de solidaridad, asumiendo banderas de los desposeídos urbanos: el hambre, la miseria y el desempleo.

Sin embargo, hay un aspecto que no debe perderse de vista: el MST representa una experiencia de acción colectiva destinada a romper la exclusión social, pero sus acciones no tienen como finalidad directa e inmediata solucionar la injusticia social en el país, aunque sí la conquista de un bien privado: la propiedad individual de la tierra. O sea, el beneficio que pretende cada uno de los miembros del Movimiento no admite la práctica de ***free-riding*** porque no se trata de un bien público, ni semi-público. Esta tal vez sea la variable decisiva para explicar la capacidad de acción colectiva del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra en Brasil.



La ilustración acompañó al presente artículo en la edición impresa de la revista.